

## **Selección de lecturas de poemas y cuentos breves**

### **#Viralicemoslalectura**

#### **Textos que nos confrontan con una pandemia**

Hemos elegido textos, a su manera, tremendos: porque la literatura, la buena, nos confronta con el mundo real, el mundo de la imaginación y el onírico. Con el coronavirus COVID-19 por fortuna no estamos en una situación desesperada, pero sí en una donde todos debemos de colaborar para hacernos más fuertes. Difundir literatura es una forma de engrandecernos en los momentos de incertidumbre. La literatura explora las sutilezas, extremos y complejidades de los lugares límites. Esperamos que disfrutes esta selección y te videograbes leyendo en voz alta los textos que más te gusten. Utiliza el hashtag #Viralicemoslalectura . Esta selección es, también, una invitación a que leas más: de todo aquello que te resulte de interés y que multiplique las posibilidades de tu ser.

**#SomosNormalistas**

1. Autor: **Miguel Guardia** / **El retorno** (fragmento)

Si ellos quisieran mirar a su alrededor,  
si ellos quisieran mirar a su alrededor, y ver,  
y si ellos vieran que el mundo ya no es sencillo,  
si por lo menos sintieran algo del dolor del mundo,  
si se conmovieran, por lo menos, con un verso sencillo,  
si un odio simple les partiera el alma,  
si por lo menos lloraran con un dolor sencillo;  
su pecho no sonaría más como un ataúd:  
sabrían que las sirenas de las ambulancias  
aúllan, como mujeres enloquecidas, al olor de la sangre;  
que hay niños que se quejan suavemente,  
como si cantaran una antigua canción,  
porque se están muriendo sin que nadie lo sepa;  
que hay gemidos y palabras entrecortadas  
brotando de zaguanes oscuros, de cuartos de hotel,  
de estrechos callejones donde el hombre se refugia;  
del quejido impotente y opaco y terroso  
de los que caen diariamente bajo la violencia;  
del odio de los que roban por vez primera  
porque ya nada tienen que pueda serles robado;  
que hay cantos lúgubres en las iglesias  
y coros aterrorizados en los hospitales;  
conocerían el zumbido plomizo del silencio  
de los que ya aprendieron que todo es inútil.

## 2. Autor: **Albert Camus** / Obra: **La Peste** (fragmento)

Pero en los días que siguieron, la situación se agravó. El número de los roedores recogidos iba creciendo y la recolección era cada mañana más abundante. Al cuarto día, las ratas empezaron a salir para morir en grupos. Desde las cavidades del subsuelo, desde las bodegas, desde las alcantarillas, subían en largas filas titubeantes para venir a tambalearse a la luz, girar sobre sí mismas y morir junto a los seres humanos. Por la noche, en los corredores y callejones se oían distintamente sus grititos de agonía. Por la mañana, en los suburbios, se las encontraba extendidas en el mismo arroyo con una pequeña flor de sangre en el hocico puntiagudo; unas, hinchadas y putrefactas, otras rígidas, con los bigotes todavía enhiestos. En la ciudad misma se las encontraba en pequeños montones en los descansillos o en los patios. Venían también a morir aisladamente en los salones administrativos, en los patios de las escuelas, en las terrazas de los cafés a veces. Nuestros conciudadanos, estupefactos, las descubrían en los lugares más frecuentados de la ciudad. Ensuciaban la plaza de armas, los bulevares, el paseo de Front-de-Mer. Limpiada de animales muertos al amanecer, la ciudad iba encontrándolos poco a poco cada vez más numerosos durante el día. En las aceras había sucedido a más de un paseante nocturno sentir bajo el pie la masa elástica de un cadáver aún reciente. Se hubiera dicho que la tierra misma donde estaban plantadas nuestras casas se purgaba así de su carga de humores, que dejaba subir a la superficie los forúnculos y linfas que la minaban interiormente. Puede imaginarse la estupefacción de nuestra pequeña ciudad, tan tranquila hasta entonces, y conmocionada en pocos días, como un hombre de buena salud cuya sangre empezase de pronto a revolverse.

3. Autora: **Margarita Paz Paredes** / Obra: **A veces uno piensa en la muerte**  
(fragmento)

A veces uno piensa en la muerte,  
sobre todo, a esa hora  
en que se va apagando  
el aullido del último perro de la noche,  
y no se sabe de qué sitio distante  
unos pasos helados  
resuenan en el alma  
con el eco insistente de un aviso.

Hace ya varias vigiliass que algo temo  
y no es el miedo de la hora exacta,  
sino de los minutos que preceden  
envueltos en silencio  
y en soledad tenaz.  
Es inútil pedir un vaso de agua,  
porque nadie responde  
y porque nuestros pasos  
apagando y encendiendo las luces,  
bajan y suben por las escaleras  
y no existe ni siquiera un fantasma  
o un gato agazapado  
que los asuste y se detengan...

4. Autora: **Ana María Shua** / Obra: **Mirando Enfermedades**

En el Diccionario de agronomía y veterinaria había ilustraciones y muchas fotos. Una extraña tumoración nudosa deformaba la articulación de una rama.

¿Esto qué es? preguntaba yo, la niña.

Es una enfermedad de los árboles me decía papá.

¿Esto qué es? preguntaba yo, señalando, en la foto, el sexo de un toro.

Es una enfermedad de las vacas me decía papá.

Era lindo mirar enfermedades con mi papá. Como sabía que me estaba mintiendo, observaba con asombro y regocijo los desmesurados genitales que crecían deformes en los árboles machos.

5. Autor: **Armando Tejada Gómez** / Obra: **Cosa de niños**

Hoy mi madre no me quiso.  
La he rondado horas enteras  
vestido de capitán,  
de mago, de marinero  
pero nada, no me quiso  
ni me ha pegado siquiera.

Salgo a morir al baldío  
volteando todas las puertas.

Arde el sol en el silencio  
amarillo de la siesta.  
Ni gatos ni vigilantes.  
Sólo la calle desierta.

¿Cómo me voy a morir  
sin que mi madre me vea?

6. Autor: **Marcial Fernández** / Obra: **Relatividad**

Esa mañana el universo amaneció cinco veces más grande. Los lagos, las estrellas, las montañas, los humanos. El mundo –en su totalidad– se convirtió en una zona de gigantes. Al otro día, sin embargo, el universo redujo su tamaño a pulgadas, de manera que lo que antes era enorme ahora poseía un tamaño mínimo. Los cambios, bajo una ley de caprichos inexplicables, continuaron: las cosas –en algunas ocasiones– eran mil veces más grandes, o bien –en otras– mil veces más pequeñas. Y todo, absolutamente todo, según los observadores, seguía igual.

7. Autora: **Alaíde Foppa** / Obra: **Ella se siente a veces**

Ella se siente a veces  
como cosa olvidada  
en el rincón oscuro de la casa,  
como fruto devorado adentro  
por pájaros rapaces,  
como sombra sin rostro y sin peso.  
Su presencia es apenas  
vibración leve  
en el aire inmóvil.  
Siente que la traspasan las miradas  
y que se vuelve niebla  
entre los torpes brazos  
que intentan circundarla.  
Quisiera ser siquiera  
una naranja jugosa  
en la mano de un niño  
—no corteza vacía—  
Una imagen que brilla en el espejo  
—no sombra que se esfuma—  
Y una voz clara  
—no pesado silencio—  
Alguna vez escuchada.



8. Autor: **Alberto Chimal** / Obra: **La partida**

Una madre vio morir a su hijo en aquel temblor espantoso, el que destruyó la ciudad de Appa, pero no pudo resignarse a su muerte y rogó a los dioses que se lo devolvieran. Los dioses, compadecidos, no dejaron que el alma del pequeño entrase en el Otro Mundo y la devolvieron a su cuerpo. Pero ya saben cómo son los dioses: el cuerpo no dejó de estar muerto, no se aliviaron sus múltiples heridas, así que el corazón de la madre pasó de la dicha de tener a su hijo, de no haberlo perdido, al horror de ver sufrir a la pobre criatura, prisionera de su carne lastimada. Y luego vino el asco, sí, el asco, porque el niño comenzó a pudrirse, y los gusanos lo devoraban, y gritaba llamando a la muerte pero, como he dicho, ya estaba muerto. La madre, enloquecida, lo apuñaló una vez, dos, tres, muchas; luego lo apedreó, lo envenenó, lo estranguló... Pero el niño sólo gritaba, sólo sufría. Al fin ella lo tomó entre sus brazos, piel rasgada, huesos rotos, sangre negra, y lo arrojó a las llamas de una hoguera. Y el desdichado ardió, y fue humo y ceniza, y el viento lo dispersó y lo confundió con el aire, y entonces la madre se consoló bien o mal. Pero no debió hacerlo porque en esos restos impalpables estaba aún el alma doliente, y es alma sigue hoy en el mundo, dispersa pero viva, como lo sabe todo aquel que respira, que abre la boca y siente de pronto la tristeza.

9. Autora: **Gabriela Rábago Palafox** / Obra: **Pandemia** (fragmento)

El mal era, salvo excepciones inexplicables, un azote de Occidente.

—De cualquier manera, cuídate. Toma todas las precauciones. No te expongas.

Ninguno de los dos lo mencionó, pero el nombre de Oscar —el hermano menor— flotó por momentos en el aire. Se miraron a los ojos: No hallaron en ellos ningún eco de los de Oscar, risueños y castaños. Él tampoco se había expuesto y, sin embargo, había sido víctima de la pandemia meses atrás. Lo mismo que Eduardo, Germán, Luis y una lista interminable.

—Por ti no me preocupo —comentó Mauricio—. Pero esto se va quedando cada día más despoblado... Es curioso, ¿verdad? Una ciudad a la que le sobran millones de habitantes, ahora vuelve a ser como cuentan que era en la época de nuestros padres. Lo que anhelaba el consenso popular. Una ciudad semivacía, con grupos de mujeres más o menos aislados.

Sí, pero no de esa manera. La pandemia avanzaba en proporción geométrica y si, al principio, las víctimas eran —en su mayoría— hombres entre veinte y cuarenta y cinco años, al paso de los meses también lo fueron mujeres y niños. Los efectos se fueron haciendo visibles en la calle. En poco tiempo miles de automóviles dejaron de circular. Disminuyeron los índices de contaminación. A ciertas horas fue posible sentir el silencio y gozar la transparencia de la atmósfera. Pero la gente moría diezmada por un mal que desafiaba a la ciencia, las religiones, la esperanza. Vehículos especiales —de sirena y rojas lámparas giratorias— se hacían cargo de los cuerpos como, en tiempos muy lejanos, los carretones de la muerte que puso en marcha la peste bubónica.

10. Autor: **Max Rojas** / Obra: **El Turno del Aullante** (Fragmento I)

Lo furioso, lo verdaderamente animal  
que me sostiene, lo que me guarda en pie  
con el rencor crecido, esto como de hueso,  
como de dientes que se muerden  
después de haber mascado el polvo,  
esto de sangre, esto de grito ahorcado  
como un aullido en la garganta,  
esto como un muro, como un sollozo  
largo de noche sin hogueras, lo animal,  
lo verdaderamente bronco que me duele en los ojos.

Dije que el mar es algo así como esa diaria muerte  
de mi cuerpo. Hoy me sale lo bronco  
y me revuelvo, hoy me sale lo herido  
y me desgarró –perdón por esta forma  
de amargura, pero es que hoy  
de muy adentro me sale lo animal desbocado,  
la verdadera furia que me empuja:  
esto de maldecir espinas por la boca  
lo formalmente triste,  
lo exactamente amargo como el llanto.  
Ahora me vuelvo y me despido y me regreso.  
Voy a buscar mi sombra entre la sombra,  
porque mordí sin tiempo un corazón de niebla,  
y lo bronco,  
lo verdaderamente animal que me sostiene  
está dolido.

11. Autor: **Mario Bellatin** / Obra: **Salón de belleza** (fragmento)

Ahora tengo que regentar este Moridero. Debo darles una cama y un plato de sopa a las víctimas en cuyos cuerpos la enfermedad ya se ha desarrollado. Y lo tengo que hacer yo solo. Las ayudas son bastante esporádicas. De vez en cuando alguna institución se acuerda de nuestra existencia, y nos socorre con algo de dinero. Otros quieren colaborar con medicinas. Pero tengo que volver a recalcar que el salón de belleza no es un hospital ni una clínica, sino sencillamente un Moridero. Del salón de belleza quedan los guantes de jebe, la mayoría con huecos en las puntas de los dedos. También las vasijas, los ganchos y los carritos donde se transportaban los cosméticos. Las secadoras, así como los sillones reclinables para el lavado del pelo, los vendí para obtener los implementos necesarios para la nueva etapa en la que ha entrado el salón. Con la venta de los objetos destinados a la belleza compré colchones de paja, catres de fierro y una cocina a kerosene. Un elemento muy importante que deseché en forma radical fueron los espejos que en su momento habían multiplicado con sus reflejos los acuarios así como la transformación de las clientas a medida que se sometían a los distintos tratamientos que se les ofrecían. A pesar de que me parece estar acostumbrado a este ambiente, creo que para cualquiera sería ahora insoportable multiplicar la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro. A lo que también parezco haberme acostumbrado es al olor que despiden los enfermos. Menos mal que en el asunto de la ropa he recibido alguna ayuda. Con la tela fallada que nos donó una fábrica hicimos algunas sábanas, que suelo acomodar en distintos montones según sea la cantidad de enfermos esa temporada. A veces me preocupa quién va a hacerse cargo del salón cuando la enfermedad se desencadene con fuerza. Hasta ahora he sentido sólo ciertos atisbos, sobre todo los signos externos tales como la pérdida de peso y el ánimo decaído. Nada interno se me ha desarrollado. Hace unos momentos me referí al asunto del hedor y de la costumbre porque mi nariz no siente ya casi los olores. Me doy cuenta principalmente por las muecas de asco que hacen los que vienen de fuera apenas ponen un pie en este lugar. Por eso conservo con agua y con dos o tres raquíuticos peces uno de los acuarios. Aunque no reciba los cuidados de antes, me da la idea de que aún se mantiene algo fresco en el salón.

12. Autora: **Guadalupe Dueñas** / Obra: **Y se abrirá el Libro de la Vida** (fragmento)

Ven y verás: mueren las estrellas, se empequeñecen y se transforman en diminutas cortezas con brillo de lentejuelas podridas. Y cascadas ciegas brotan del seno del sol, relámpagos de azufre deshacen sus montes, emerge su cabellera de uranio. Y en el caudal de su fragua los metales caen llameando el vacío y los astros se desvanecen. Y se borra el último lucero y desaparece el espejismo de la luna.

¡Ven y verás! Los bosques derrumban sus cadáveres y el horizonte de troncos crece y la monstruosa montaña de leños aumenta como una inundación y retumban en la sima y remueven sus escombros y se desparraman atrapados por el desconcierto, en “un solo haz de pesadumbre” y sobre el sepulcro de los soles, los troncos calcinados se buscan en sus huesos, mientras el aire sopla doloroso.

Pero cuando la carroña de las ramas desaparece, los contumaces de la tierra buscan resquicios del antiguo fuego. Y los de sangre reseca, sordos y heridos de blasfemia, distiéndense en la penumbra con su larga imploración inútil en espera de su definitiva muerte.

La dimensión de la sombra abarca la inmensidad.

Y todo es destruido. Sólo la Voz del Señor flota sobre la nada.

Y se abrirá el Libro de la Vida.

13. Autor: **Alejandra Pizarnik** / Obra: **El Despertar**

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro  
y se ha volado  
y mi corazón está loco  
porque aúlla a la muerte  
y sonrío detrás del viento  
a mis delirios

Qué haré con el miedo  
Qué haré con el miedo

Ya no baila la luz en mi sonrisa  
ni las estaciones queman palomas en mis ideas  
Mis manos se han desnudado  
y se han ido donde la muerte  
enseña a vivir a los muertos

Señor

El aire me castiga el ser  
Detrás del aire hay monstruos  
que beben de mi sangre

Es el desastre  
Es la hora del vacío no vacío  
Es el instante de poner cerrojo a los labios  
oír a los condenados gritar  
contemplar a cada uno de mis nombres  
ahorcados en la nada.

Señor

Tengo veinte años  
También mis ojos tienen veinte años  
y sin embargo no dicen nada

Señor

He consumado mi vida en un instante  
La última inocencia estalló  
Ahora es nunca o jamás  
o simplemente fue

¿Cómo no me suicido frente a un espejo

y desaparezco para reaparecer en el mar  
donde un gran barco me esperaría  
con las luces encendidas?

¿Cómo no me extraigo las venas  
y hago con ellas una escala  
para huir al otro lado de la noche?

El principio ha dado a luz el final  
Todo continuará igual  
Las sonrisas gastadas  
El interés interesado  
Las preguntas de piedra en piedra  
Las gesticulaciones que remedan amor  
Todo continuará igual

Pero mis brazos insisten en abrazar al mundo  
porque aún no les enseñaron  
que ya es demasiado tarde

Señor  
Arroja los féretros de mi sangre

Recuerdo mi niñez  
cuando yo era una anciana  
Las flores morían en mis manos  
porque la danza salvaje de la alegría  
les destruía el corazón

Recuerdo las negras mañanas de sol  
cuando era niña  
es decir ayer  
es decir hace siglos

Señor  
La jaula se ha vuelto pájaro  
y ha devorado mis esperanzas

Señor  
La jaula se ha vuelto pájaro  
Qué haré con el miedo

14. Autor: **Julio Cortázar** / Obra: **Fin del mundo del fin** (fragmento)

Primero las bibliotecas desbordarán de las casas, entonces las municipalidades deciden (ya estamos en la cosa) sacrificar los terrenos de juegos infantiles para ampliar las bibliotecas. Después ceden los teatros, las maternidades, los mataderos, las cantinas, los hospitales. Los pobres aprovechan los libros como ladrillos, los pegan con cemento y hacen paredes de libros y viven en cabañas de libros. Entonces pasa que los libros rebasan las ciudades y entran en los campos, van aplastando los trigales y los campos de girasol, apenas si la dirección de vialidad consigue que las rutas queden despejadas entre dos altísimas paredes de libros. A veces una pared cede y hay espantosas catástrofes automovilísticas. Los escribas trabajan sin tregua porque la humanidad respeta las vocaciones, y los impresores llegan ya a orillas del mar. El presidente de la república habla por teléfono con los presidentes de las repúblicas, y propone inteligentemente precipitar al mar el sobrante de libros, lo cual se cumple al mismo tiempo en todas las costas del mundo. Así los escribas siberianos ven sus impresos precipitados al mar glacial, y los escribas indonesios etcétera. Esto permite a los escribas aumentar su producción, porque en la tierra vuelve a haber espacio para almacenar sus libros. No piensan que el mar tiene fondo, y que en el fondo del mar empiezan a amontonarse los impresos, primero en forma de pasta aglutinante, después en forma de pasta consolidante, y por fin como un piso resistente aunque viscoso que sube diariamente algunos metros y que termina por llegar a la superficie. Entonces muchas aguas invaden muchas tierras, se produce una nueva distribución de continentes y océanos, y presidentes de diversas repúblicas son sustituidos por lagos y penínsulas, presidentes de otras repúblicas ven abrirse inmensos territorios a sus ambiciones etcétera.



15. Autor: **Marcel Schwob** / Obra: **El tren 081** (fragmento)

Empieza el mes de junio, y el cólera llega a Marsella. Decían que la gente moría como moscas. Se caían por la calle, en el puerto, donde fuera. Era un mal terrible; dos o tres convulsiones, un hipido ensangrentado, y se acabó. Ya desde el primer ataque te dejaba frío como un bloque de hielo; y las caras amoratadas de los muertos tenían ronchas del tamaño de una moneda de cinco francos. Los viajeros salían de la sala de fumigaciones con una nube de vapor fétido que les envolvía la ropa. Los agentes de la Compañía se mantenían alerta; y nosotros veíamos sumarse a nuestro triste oficio un motivo más de inquietud.

Pasaron julio, agosto, la mitad de septiembre; la ciudad presentaba un cuadro desolador, pero nosotros íbamos recobrando la confianza. En París nada hasta el momento. El día 22 de septiembre, tomo la máquina del tren número 180 con mi fogonero Graslepoix.

Por la noche, los viajeros duermen en sus respectivos vagones; en cambio, nuestro trabajo consiste en estar de guardia, en tener los ojos abiertos, a lo largo de todo el recorrido.

16. Autor: **Antonin Artaud** / Obra: **El teatro y la peste** (fragmento)

Cuando la peste se establece en una ciudad, las formas regulares se derrumban. Nadie cuida los caminos; no hay ejército, ni policía, ni gobiernos municipales; las piras para quemar a los muertos se encienden al azar, con cualquier medio disponible. Todas las familias quieren tener la suya. Luego hay cada vez menos maderas, menos espacio, y menos llamas, y las familias luchan alrededor de las piras, y al fin todos huyen, pues los cadáveres son demasiado numerosos. Ya los muertos obstruyen las calles en pirámides ruinosas, y los animales mordisquean los bordes. El hedor sube en el aire como una llama. El amontonamiento de los muertos bloquea calles enteras. Entonces las casas se abren, y los pestíferos delirantes van aullando por las calles con el peso de visiones espantosas. Otros apestados, sin bubones, sin delirios, sin dolores, sin erupciones, se miran orgullosamente en los espejos, sintiendo que revientan de salud, y caen muertos con las bacías en la mano, llenos de desprecio por las otras víctimas.

17. Autor: **Edgar Allan Poe** / Obra: **La máscara de la muerte roja** (fragmento)

La “Muerte Roja” había devastado el país durante largo tiempo. Jamás una peste había sido tan fatal y tan espantosa. La sangre era encarnación y su sello: el rojo y el horror de la sangre. Comenzaba con agudos dolores, un vértigo repentino, y luego los poros sangraban y sobrevenía la muerte. Las manchas escarlata en el cuerpo y la cara de la víctima eran el bando de la peste, que la aislaba de toda ayuda y de toda simpatía, y la invasión, progreso y fin de la enfermedad se cumplían en media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, intrépido y sagaz. Cuando sus dominios quedaron semidespoblados llamó a su lado a mil caballeros y damas de su corte, y se retiró con ellos al seguro encierro de una de sus abadías fortificadas. Era ésta de amplia y magnífica construcción y había sido creada por el excéntrico aunque majestuoso gusto del príncipe. Una sólida y altísima muralla la circundaba. Las puertas de la muralla eran de hierro. Una vez adentro, los cortesanos trajeron fraguas y pesados martillos y soldaron los cerrojos. Habían resuelto no dejar ninguna vía de ingreso o de salida a los súbitos impulsos de la desesperación o del frenesí. La abadía estaba ampliamente aprovisionada. Con precauciones semejantes, los cortesanos podían desafiar el contagio. Que el mundo exterior se las arreglara por su cuenta; entretanto era una locura afligirse. El príncipe había reunido todo lo necesario para los placeres. Había bufones, improvisadores, bailarines y músicos; había hermosura y vino. Todo eso y la seguridad estaban del lado de adentro. Afuera estaba la Muerte Roja.

18. Autor: **Abigael Bohórquez** / Obra: **Poesida** (fragmento)

Como en la vieja peste feudal,  
enracimados, amorecidos, amantísimos,  
temerosos señoritos de capa caída,  
inocentes palomitas que se dejaron engañar,  
los picadores sin tardanza,  
los cuánto, los por dónde,  
los lánguidos capullos de la peluca, del spray.  
Me lamento por todos  
los que alzaron desesperadamente  
una mirada, un ruego, un abrazo, un billete,  
y a cambio les echaron al rostro un salivazo,  
una sábana ilustre de hospital general,  
una cifra,  
mientras enmudecían los pífanos,  
los crótalos, las flautas locas de caídas  
del decaído y loco boulevard.  
Unos van a sus guerras,  
otros al corazón de los hoteles,  
otros a las iglesias y a los parques,  
y dondequiera acecha  
la guadaña fecunda que ha de segarse trigo;  
y así sigue la vida, ni qué decir;  
y otra vez el amor recomenzando  
en el hedor profundo de la muerte.

19. Autora: **Daniela Tarazona** / Obra: **El beso de la liebre** (fragmento)

Afuera la lluvia caía de nueva cuenta, era una terrible tormenta, otra vez miraba el cielo negro que anunciaba la proximidad del bombardeo. Hipólita tembló un poco, creyó que esa lluvia sería la última que vería.

Cuando escuchó en la radio el anuncio de la guerra, recordó una tarde de infancia. Era temprano, Hipólita tenía el pelo mojado y sentía frío, era tan temprano que no había salido el sol.

Se había preparado un huevo con poca sal.

Desayunaba sin hambre.

El día transcurrió despacio.

Sobre la ciudad cayó la primera bomba.

Durante el periodo de Alerta Mundial producido por los estragos del bombardeo, Hipólita salió de su departamento con la escafandra que le había entregado un brigadista y su traje rojo. Por fortuna, el Estado había prevenido las consecuencias del bombardeo, y enviado suficientes escafandras a las viviendas, antes de saber que sería atacado por el enemigo.

Estaba prohibido respirar el aire exterior porque los gases de la atmósfera eran mortales.

Quiso ver con sus propios ojos el cielo púrpura de día. Eran las once de la mañana y sobre la ciudad se extendía una capa de azufre y otros elementos tóxicos. La luz solar parecía contenida detrás de ese filtro de gases.

20. Autor: **Czeslaw Milosz** / Obra: **Canción sobre el fin del mundo**

El día del fin del mundo  
La abeja gira encima de la flor de capuchina  
El pescador repara una red brillante.  
En el mar los delfines saltan alegres,  
Los gorriones jóvenes se agarran del canalón  
Y la serpiente tiene piel dorada, como la debe tener.

El día del fin del mundo  
Las mujeres cruzan el campo bajo las sombrillas,  
Un borracho se duerme a la orilla del césped,  
En la calle pregonan los verduleros  
Y una lancha con vela amarilla llega a la isla,  
El son del violín en el aire persiste  
Y abre la noche estrellada.

Y quienes esperaban relámpagos y truenos  
Están decepcionados.  
Y quienes esperaban señales y trompetas de arcángeles  
No creen que esté sucediendo ya.  
Mientras el sol y la luna están arriba,  
Mientras el abejorro visita a la rosa,  
Mientras nacen los niños rosados,  
Nadie cree que esté sucediendo ya.

Sólo un viejito cano, que hubiera sido profeta,  
Pero no es profeta porque tiene otro quehacer,  
Dice amarrando los tallos de tomates:  
No habrá otro fin del mundo,  
No habrá otro fin del mundo.

21. Autor: **Juan José Arreola** / Obra: **Inferno V**

En las altas horas de la noche, desperté de pronto a la orilla de un abismo anormal. Al borde de mi cama, una falla geológica cortada en piedra sombría se desplomó en semicírculos, desdibujada por un tenue vapor nauseabundo y un revuelo de aves oscuras. De pie sobre su cornisa de escorias, casi suspendido en el vértigo, un personaje irrisorio y coronado de laurel me tendió la mano invitándome a bajar.

Yo rehusé amablemente, invadido por el terror nocturno, diciendo que todas las expediciones hombre adentro acaban siempre en superficial y vana palabrería.

Preferí encender la luz y me dejé caer otra vez en la profunda monotonía de los tercetos, allí donde una voz que habla y llora al mismo tiempo, me repite que no hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria

22. Autor: **Jorge Teillier** / Obra: **Fin del mundo**

El día del fin del mundo  
será limpio y ordenado  
como el cuaderno del mejor alumno.  
El borracho del pueblo dormirá en una zanja,  
el tren expreso pasará  
sin detenerse en la estación,  
y la banda del Regimiento  
ensayará infinitamente  
la marcha que toca hace veinte años en la plaza.  
Sólo que algunos niños  
dejarán sus volantines enredados  
en los alambres telefónicos,  
para volver llorando a sus casas  
sin saber qué decir a sus madres  
y yo grabaré mis iniciales  
en la corteza de un tilo,  
pensando que eso no sirve para nada.

Los evangélicos saldrán a las esquinas  
a cantar sus himnos de costumbre.  
La anciana loca paseará con su quitasol.  
Y yo diré: “El mundo no puede terminar  
porque las palomas y los gorriones  
siguen peleando por la avena en el patio”.



23. Autor: **Edgar Omar Avilés** / Obra: **El pueblo del puerto**

Luego del tsunami, en el pueblo del puerto hay sirenas peinándose en las bañeras, otras nadan en el fondo de los vasos de tequila, los conductores las ven reflejadas en los espejos retrovisores, las amas de casa las encuentran al abrir una lata de sardinas, en la radio la cumbia se interrumpe y se escucha el enigma de sus cantos, los niños las descubren jugando escondidillas, el párroco asegura que en las noches de lluvia un ejército de ellas va a la iglesia y seduce a los ángeles.

Luego del tsunami, el pueblo del puerto quedó sumergido, y a las sirenas les aterra que los fantasmas humanos persistan bajo el mar.

24. Autora: **Guadalupe Amor** / Obra: **Adentro de mi vaga superficie**

Adentro de mi vaga superficie  
se revuelve un constante movimiento;  
es el polvo que todo lo renueva,  
destruyendo.

Adentro de la piel que me protege  
y de la carne a la que estoy nutriendo,  
hay una voz interna que me nombra;  
Polvo tenso.

Sé bien que no he escogido la materia  
de este cuerpo tenaz, pero indefenso,  
arrastró una cadena de cenizas:  
polvo eterno.

Tal como yo han pasado las edades,  
soportando la lucha de lo interno,  
el polvo va tomando sus entrañas  
de alimento...

¡Humanidad, del polvo experimento!

25. Autor: **Lafcadio Hern** / Obra: **El padre y el hijo**

En un pueblo de la provincia de Izumo vivía un campesino tan pobre que cada vez que su mujer daba a luz a un hijo, lo arrojaban al río. Seis veces renovó el sacrificio. Al séptimo alumbramiento, consideró ya suficientemente rico como para conservar al niño y educarlo. Poco a poco, con gran sorpresa suya, fue encariñándose con el pequeño. Una noche de verano encaminóse a su jardín con el infante en brazos. Éste tenía cinco meses. La noche, iluminada por una luna inmensa, era tan resplandeciente que el campesino exclamó:

—¡Ah!, que noche tan maravillosamente hermosa! Entonces el niño, mirándolo fijamente y expresándose como una persona mayor, dijo:

—¡Oh, padre, la última vez que me arrojaste al agua, la noche era tan hermosa como ésta, y la luna nos miraba como ahora...!

26. Autor: **Juan Manuel Roca** / Obra: **Señor de la duda**

Más que fe, dame un equipaje de dudas.  
Ellas son mi puente, mi afluyente, mi oleaje.  
Venga a nos el Reino de lo Incierto.  
Mantén en vilo mis verdades,  
concebidas, muertas y sepultadas  
en los telares del olvido.  
Llévame por las arenas movedizas,  
dame a comer el pan de la derrota,  
a beber el agua del silencio.

No hay timos ni trucajes:  
estoy herido y soy mi camillero.  
Sean las certezas cual palacios de nieve  
a los que alguien asedia con el fuego.  
Señor de la duda, si existieras,  
escucha la oración del descreído.

27. Autor: **Ednodio Quintero** / Obra: **Cacería**

Permanece estirado, boca arriba, sobre la estrecha cama de madera. Con los ojos apenas entreabiertos busca en las extrañas líneas del techo el comienzo de un camino que lo aleje de su perseguidor. Durante noches enteras ha soportado el acoso, atravesando praderas de hierbas venenosas, vadeando ríos de vidrio molido, cruzando puentes frágiles como galletas. Cuando el perseguidor está a punto de alcanzarlo, cuando lo siente tan cerca que su aliento le quema la nuca, se revuelca en la cama como un gallo que recibe un espelazo en pleno corazón. Entonces el perseguidor se detiene y descansa recostado a un árbol, aguarda con paciencia que la víctima cierre los ojos para reanudar la cacería.

28. Autora: **María Auxiliadora Álvarez** / Obra: **Piedras de reposo**

Todo lo que quiero decirte hijo Es que atraveses el sufrimiento

Si llegas a su orilla si su orilla te llega Entra en su noche

y déjate hundir

que su sorbo te beba que su espuma te agobie Déjate ir

*déjate ir*

Todo lo que quiero decirte hijo Es que del otro lado del sufrimiento

Hay otra orilla

encontrarás allí grandes lajas *Una* de ellas lleva tu forma tallada

con tu antigua huella labrada Donde cabrás exacto y con anchura

no son tumbas hijo son piedras de reposo

con sus pequeños soles grabados y sus rendijas

29. Autora: **Anna Starobinets** / Obra: **El vivo** (fragmento)

Nueve meses antes de la Gran Reducción, la humanidad aniquiló prácticamente todo su ganado, mascotas y una buena parte de animales salvajes y aves. Los científicos de entonces se basaban en la hipótesis, errónea, de que los propagadores de los virus mortales causantes de las pandemias humanas eran los animales. Con el nacimiento del Vivo, muchas especies de animales domésticos y pájaros se extinguieron de la faz de la tierra. Las cabezas de ganado que quedaban se redujeron a un número crítico. Los individuos que sobrevivieron emigraron a zonas montañosas o forestales no habitadas por los hombres, y se asilvestraron. Los persiguieron, pero entonces El Vivo recién nacido interrumpió la aniquilación absurda de los inocentes tan pronto como tomó conciencia de sí mismo. Tan pronto como quedó claro que el número del Vivo era invariable desde entonces y para siempre. Ahora, El Vivo es amigo y protector de los animales. Pero era necesario que Él pagara por el error ajeno y absoluto, cuando Él aún no existía. El miedo que sintieron los animales ante la gente que los exterminaba era demasiado intenso y se transmitió por la memoria genética. Por desgracia, los animales no son capaces de recordar que en lugar de esa gente prehistórica llegó el benévolo Vivo.

30. Autor: **Ramón Méndez Estrada** / Obra: **Metamorfosis**

Yo fui un gusano y me encerré en mí mismo.  
En la tumba que fui forjé mis alas.  
El amor me llamó, me alzó a su gracia.  
Se calcinó mi rostro de ermitaño.

Era una luz tu amor, que me urgía al vuelo.  
Era una luz ardiente y afilada.  
Era estrella para estrellar mi sombra.  
Era astilla de luz, era una llama.  
Me deslumbró en mi cripta: entré en tu halo,  
puse mi verso al borde de tu espada,  
me puse yo en tu centro: era de lumbre:  
en la casa del fuego me instalaba.  
En el incendio  
me vi gusano, mariposa, pasión, chispa con alas...  
No supe si ardía yo  
ni si era toda la luz tu llamarada.  
No he vuelto a verme desde entonces.  
No he vuelto en mí. Tan dos soy ya  
que me confundo: al llamarme te llamo,  
al llamarme llameas tu propio flanco.  
Era de luz tu amor: es una llaga, un sol herido,  
un fuego autófago en mi cama.  
Me he consumido en ti, en ti se ha consumado  
mi volátil transcurso hacia la nada.



31. Autora: **Leonora Carrington** / Obra: **Las vacaciones del esqueleto** (fragmento)

El esqueleto era feliz como un loco al que le quitan la camisa de fuerza. Se sentía liberado al poder caminar sin carne. Ya no le picaban los mosquitos. No tenía que ir a cortarse el pelo. No pasaba hambre, ni sed, ni frío ni calor. Se hallaba muy lejos del lagarto del amor. Durante un tiempo, lo había estado observando un profesor de química alemán, pensando que podía convertirlo en un delicioso *ersatz*: dinamita, mermelada de fresa, *sauerkarut* aderezado. El esqueleto supo burlarlo dejando caer un hueso de zepelín joven, sobre el que saltó el profesor, entonando químicas alabanzas y cubriéndolo de besos. La morada del esqueleto tenía cabecera antigua y pies modernos, su techo era el cielo y su suelo la tierra. Estaba pintada de blanco y decorada con bolas de nieve en las que latía un corazón. Parecía un monumento transparente soñando con un pecho eléctrico, y miraba si ojos, con agradable e invisible sonrisa, dentro de la inagotable provisión de silencio que envuelve nuestra estrella.

No le gustaban al esqueleto los desastres, pero para indicar que la vida tiene momentos arriesgados, había colocado un enorme dedal en medio de su precioso apartamento, sobre el cual se sentaba de vez en cuando como un verdadero filósofo.

A veces bailaba unos pasos al son de la *Danza macabra* de Saint-Saëns. Pero lo hacía con tal gracia, con tal inocencia, a la manera de las danzas nocturnas de los antiguos cementerios románticos, que nadie al verlo lo habría juzgado desagradable. Satisfecho, contempló la Vía Láctea, esa legión de huesos que rodea el planeta nuestro. Centellea, brilla, resplandece con toda su miríada de esqueletos diminutos que danzan, saltan, dan volteretas y cumplen con su deber. Acogen a los caídos en mil campos del honor; del honor de las hienas, de las víboras, de los cocodrilos, de los murciélagos, de los piojos, de los sapos, de las arañas, de las solitarias, de los escorpiones. Dan los primeros consejos, ayudan en sus primeros pasos a los recién fallecidos que se sienten desventurados en su abandono como los que acaban de nacer. Nuestras repugnantes, eminentes cohortes –cohermanos, cohermanas, cotías que huelen a jabalí y tienen la nariz encostrada de ostras secas- se han transformado al morir en esqueletos. ¿Habéis oído el gemido espantoso de los muertos en una masacre? Es la terrible desilusión de los recién nacidos a la muerte, que habían esperado y merecido eterno sueño, y se descubren engañados, atrapados en una máquina imparable de sufrimiento y dolor.

32. Autor: **Pedro de Miguel** / Obra: **Soledad**

Le fui a quitar el hilo rojo que tenía sobre el hombro, como una culebrita. Sonrió y puso la mano para recogerlo de la mía. Muchas gracias, me dijo, muy amable, de dónde es usted. Y comenzamos una conversación entretenida, llena de vericuetos y anécdotas exóticas, porque los dos habíamos viajado y sufrido mucho. Me despedí al rato, prometiendo saludarle la próxima vez que le viera, y si se terciaba tomarnos un café mientras continuábamos charlando. No sé qué me movió a volver la cabeza, tan sólo unos pasos más allá. Se estaba colocando de nuevo, cuidadosamente, el hilo rojo sobre el hombro, sin duda para intentar capturar otra víctima que llenara durante unos minutos el amplio pozo de su soledad.

33. **Autor:** Ignacio Padilla / **Obra:** La noche de los gatos amurallados (fragmento)

“Nos quedaremos aquí hasta convertirnos en hielo”, sentenció Maida. La luz trastabilló en la lámpara de gasolina, Íñigo se inclinó para bombearla. Convencida de que su comentario no pasaría a mayores, Maida aflojó los hombros y suspiró. Se equivocaba: no habían terminado de gemir los gatos cuando Maida sintió los dientes de Roberta clavársele en el antebrazo. Su grito sacudió el eco del agua, los mayidos, el bombeo de la lámpara. “Putá”, clamó Roberta con los dientes todavía ensangrentados. “Muérete.” Sin alzar los ojos de la lámpara, Íñigo llamó a la calma. “Aquí nadie va a morir”, dijo. Pero sabía que no era cierto: ahí sí que los cuatro podían extinguirse, ahora sí que podían congelarse o resignarse a que sus cuerpos un día fuesen empujados hasta la oscuridad de aquel túnel, del cual ahora volvían a surgir gemidos similares a los de un recién nacido abandonado, como ellos, a su suerte. Habían entrado en el subterráneo en grupos más o menos nutridos, y llegaron a ser cincuenta. Íñigo había anotado en un cuaderno los nombres de todos ellos, junto a las fechas de sus muertes. Maida y Roberta fueron las últimas en entrar, por los días en que permanecer arriba se volvió imposible para los sobrevivientes más débiles. Los otros se resistieron a aceptarlas con el pretexto de que allá abajo no había sitio ni alimento para restantes fugitivos. Íñigo intercedió por ellas: dos bocas más no harían diferencia. Al final las aceptaron, no sin antes obligarlas a una oprobiosa carnalidad a la que ambas accedieron con tal de no volver arriba. Por un tiempo las mujeres saciaron el apetito de sus salvadores a cambio de agua o de latas de conservas. Luego, aquel trato infamante se revirtió: Maida y Roberta sobrevivieron infértiles a sus amantes, que fueron sucumbiendo a la enfermedad y el hambre. Sólo al morir el último de ellos, los cuatro sobrevivientes entendieron qué destino esperaba a los cadáveres que habían abandonado en el túnel. Si bien habían notado ya que los mayidos aumentaban día tras día, no supieron cuántos gatos quedaban en el túnel hasta la tarde en que Íñigo y Roberta tuvieron que abandonar el último cadáver en la boca del túnel.

Fue entonces cuando una legión de bestias hambrientas se les echó encima como si también ellos estuviesen listos para ser devorados.

34. Autor: **A. E Quintero** / Obra: **Sin título**

Hay gentes que cuando mueren  
no se vuelven sombras, se vuelven sitios,  
lugares que uno frecuenta  
tiernamente.

Se vuelven un viaje al que uno llega  
a ciertas horas del día,  
con cierta noche en la cara, con un sol tremendo en los ojos.

Se convierten en una humedad profunda,  
en una marea interna, en un clima de árboles  
ganados por el frío.

Algunos son un reino de hojas secas  
que el viento recorre en su ancianidad lejana.  
Otros son un territorio, una atmósfera.

No todos los muertos  
pasan a esa otra forma de ser hombre y sombra  
al mismo tiempo.  
Se quedan sonando como la vibración de una campana.  
O entran a la madera de una silla,  
como una oración,  
a la madera de una mesa.

Mi abuelo, por ejemplo, se volvió lluvia,  
una lluvia alegre de provincia,  
una antigua lluvia de bastón y sombrero,  
caballerosa,  
de esas lluvias que dejan pasar a las señoras,  
y dejan  
llegar a casa a las muchachas sin mojarlas.

Pienso que los muertos se convierten en algo  
que amaban. Por eso sé que mi abuelo  
se convirtió en lluvia.

35. Autor: **José Saramago** / Obra: **Ensayo sobre la ceguera** (fragmento)

No podían ver, pero sabían lo que iba a pasar en los minutos siguientes. La mujer del médico, sentada en la cama, al lado del marido, dijo en voz baja, Tenía que ocurrir, el infierno prometido va a empezar. Él le apretó la mano entre las suyas y murmuró, No te alejes, de ahora en adelante ya no podías hacer nada. Los gritos habían disminuido, ahora se oían ruidos confusos en el zaguán, eran los ciegos traídos en rebaño, que tropezaban unos con otros, se agolpaban en el vano de las puertas, unos pocos se habían desorientado y fueron a parar a otras salas, pero la mayoría, trastabillando, agarrados en racimos o separados uno a uno, agitando afligidos las manos como quien se está ahogando, entraron en la sala en torbellino, como si fueran empujados desde fuera por una máquina arrolladora. Cayeron unos cuantos, fueron pisoteados. Aprisionados en el estrecho pasillo, los ciegos, poco a poco, se fueron liberando por los espacios entre los camastros, y allí, como barco que en medio del temporal logra al fin entrar en puerto, tomaban posesión de su fondeadero personal, que era la cama, y protestaban diciendo que ya no cabía nadie más, que los de atrás buscasen otro sitio. Desde el fondo, el médico gritó que había más salas, pero los pocos que se habían quedado sin cama tenían miedo de perderse en el laberinto que imaginaban, salas, corredores, puertas cerradas, escaleras que sólo en el último momento descubrirían. Al fin comprendieron que no podrían seguir allí y, buscando penosamente la puerta por donde habían entrado, se aventuraron en lo desconocido. Buscando un último y seguro refugio, los ciegos del segundo grupo, el de cinco, pudieron ocupar los camastros que, entre ellos y los del primer grupo, habían quedado vacíos.

36. Autora: **Luz América Alvarado** / Obra: **Menos Porcelana**

Quiero creer que el corazón es materia dúctil  
un tejido que se regenera cuando lloro en sueños  
o a escondidas

Si fuera más esponja y menos porcelana  
resistiría cuando *sus* manos me dejan caer  
En medio de una guerra fría  
El corazón atrincherado en el estómago pide una tregua  
tantos besos que parecen compañía me saben a pólvora

Si fuera menos víscera y más piel  
bastaría un jabón para desinfectar las llagas  
Las dudas olerían menos a miedo  
y los hombres  
en vez de refugiarse en las palabras  
se acercarían para oler mis latidos

Imagino un corazón de mil brazos  
que se vuelve fuente  
raíces  
o parvada  
No importa si el ritmo de su voz estalla o hace música,  
mi corazón nunca será piedra para afilar cuchillos.

37. Autor: **Leopoldo Lugones** / Obra: **La lluvia de fuego** (fragmento)

Subí a la terraza, pero no pude pasar de la puerta que daba acceso a ella. Veía desde allá lo bastante, sin embargo. Veía y escuchaba. La soledad era absoluta. La crepitación no se interrumpía sino por uno que otro ululato de perro, o explosión anormal. El ambiente estaba rojo; y a su través, troncos, chimeneas, casas, blanqueaban con una lividez tristísima. Los pocos árboles que conservaban follaje retorciéndose, negros, de un negro de estaño. La luz había decrecido un poco, no obstante de persistir la limpidez celeste. El horizonte estaba, esto sí, mucho más cerca, y como ahogado en ceniza. Sobre el lago flotaba un denso vapor, que algo corregía la extraordinaria sequedad del aire.

Percibíase claramente la combustible lluvia, en trazos de cobre que vibraban como el cordaje innumerable de un arpa, y de cuando en cuando mezclábanse con ella ligeras flámulas. Humaredas negras anunciaban incendios aquí y allá.

Esa tarde y toda la noche fue horrendo el espectáculo de la ciudad. Quemada en sus domicilios, la gente huía despavorida, para ardersen en las calles en la campiña desolada; y la población agonizó bárbaramente, con ayes y clamores de una amplitud, de un horror, de una variedad estupendos. Nada hay tan sublime como la voz humana. El derrumbe de los edificios, la combustión de tantas mercancías y efectos diversos, y más que todo, la quemazón de tantos cuerpos, acabaron por agregar al cataclismo el tormento de su hedor infernal. Al declinar el sol, el aire estaba casi negro de humo y de polvaredas. Las flámulas que danzaban por la mañana entre el cobre pluvial, eran ahora llamaradas siniestras. Empezó a soplar un viento ardentísimo, denso, como alquitrán caliente. Parecía que se estuviese en un inmenso horno sombrío. Cielo, tierra, aire, todo acababa. No había más que tinieblas y fuego. ¡Ah, el horror de aquellas tinieblas que todo el fuego, el enorme fuego de la ciudad ardida no alcanzaba a dominar; y aquella fetidez de pingajos, de azufre, de grasa cadavérica en el aire seco que hacía escupir sangre; y aquellos clamores que no sé cómo no acababan nunca, aquellos clamores que cubrían el rumor del incendio, más vasto que un huracán, aquellos clamores en que aullaban, gemían, bramaban todas las bestias con un inefable pavor de eternidad!...

38. Autor: **Fabio Morabito** / Obra: **Cuarteto de Pompeya**

(En Pompeya, entre otros cuerpos petrificados por las lavas y cenizas de la erupción del Vesubio (año 79), se conservan los de un hombre y una mujer en el acto amoroso)

I

Nos desnudamos tanto  
hasta perder el sexo  
debajo de la cama,  
nos desnudamos tanto  
que las moscas juraban  
que habíamos muerto.  
Te desnudé por dentro,  
te desquicié tan hondo  
que se extravió mi orgasmo.  
Nos desnudamos tanto  
que olíamos a quemado,  
que cien veces la lava  
volvió para escondernos.

II

Me hiciste tanto daño  
con tu boca, tus dedos,  
me hacías saltar tan alto  
que yo era tu estandarte  
aunque no hubiera viento.  
Me desnudaste tanto  
que pronuncié mi nombre  
y me dolió la lengua,  
los años me dolieron.

Nos desnudamos tanto  
que los dioses temblaron,  
que cien veces mandaron  
las lavas a escondernos.

III

Te frotabas tan rápido  
los senos que dos veces



caí en sus remolinos,  
movías el culo lento,  
en alto, para arrearme  
a su negra emboscada,  
su mediodía perenne.  
Abrías tanto su historia,  
gritaba su naufragio...

Nos desnudamos tanto  
que no nos conocíamos,  
que los dioses mandaron  
la lava a reinventarnos.

#### IV

Te desmentí de cabo  
a rabo devolviéndote  
a tus primeros actos,  
te escudriñé profundo  
hasta escuchar la historia  
amarga de tu cuerpo,  
pues sólo el amor sabe  
cómo llegar tan hondo  
sin molestar la sangre.

Esa noche la lava  
mudó el paisaje en piedra.  
Tú y yo fuimos lo único  
que se murió de veras.

39. Autora: **Iliana Vargas** / Obra: **Tiempos propicios**

El tan temido fenómeno ocurrió en pleno día, sin señales o sucesos previos, cuando ya nadie se acordaba de la época en la que se había vuelto lugar común especular sobre el fin del mundo. Intensísimas ondas solares desecaron en siete días cada uno de los océanos, originando tormentas de sal que herrumbraron poco a poco todo ser orgánico que encontraron a su paso. En la mayoría de los continentes sólo se salvaron los organismos subterráneos y quienes llenaban el carrito de despensa en algún supermercado construido varios pisos bajo tierra; sin embargo, la comida duró sólo algunos meses, y los sobrevivientes debieron arriesgarse a explorar la superficie. Deambulaban hacia todas direcciones entre inmensos terrenos irreconocibles que semejaban un jardín de restos disecados. El cielo se había convertido en una capa de destellos purpúreos, vacío de astros; sólo el calor permanecía como huella indeleble de la estrella que antes regía los días. Entonces comenzaron a alimentarse de cualquier cosa masticable con que tropezaban: cuerpos secos cuya anatomía empezaba a volverse un trozo informe de carne. Fue cuando iniciaron la migración hacia el Sur, creyendo que la Antártida, al descongelarse, había revelado la *Terra Australis* donde seguramente les esperaban los verdaderos dioses y un portal hacia otra dimensión cósmica. Sin embargo, pese a sus esfuerzos y a la pésima sobrevivencia que lograron desarrollar en comparación con otras especies, sólo alcanzaron a avanzar lo suficiente para descubrir una mancha verde que, desde la tierra a la que anhelaban llegar, se arremolinaba hacia ellos: hordas de listrosaurios que en efecto se habían liberado de los mausoleos glaciales donde habían sido criopreservados a la espera de tiempos más propicios para vivir plenamente.

40. Autor: **Alejandro Velázquez Betancourt** / Obra: **Nueve Veces**

Nueve veces le puse la Novena  
de Beethoven a mi pez  
para arrancarlo de la muerte.  
Nueve veces le expliqué  
lo inútil  
de morir en esta época del año.  
Nueve veces me dijo que las lágrimas  
apestan igual o más que las artemias.  
Nueve veces corrí al gato  
que maullaba en la ventana.

Ella y yo lo bautizamos Hank.  
Mañana haré un agujero al jardín.  
Un agujero profundo,  
mañana.  
Hoy le dije nueve veces  
que los peces no nadan de costado.  
“Adiós, Alejandro”,  
me contestaron nueve burbujas frías.

¿Qué hacer cuando la muerte  
cabe en una cajita de cerillos?

41. Autor: **Conde de Lautréamont** / Obra: **Cantos de Maldoror** (fragmento)

Los habitantes de la costa habían oído relatar cosas extrañas de esos dos personajes, que aparecían sobre la tierra en medio de las nubes, en las épocas de grandes calamidades, cuando una guerra pavorosa amenazaba con clavar su arpón en el pecho de dos países enemigos, o cuando el cólera se aprestaba a lanzar el hondazo de la descomposición y la muerte sobre ciudades enteras. Los viejos ladrones de restos de naufragios fruncían el ceño con aire grave afirmando que los dos fantasmas, con alas negras de enorme envergadura que habían observado durante los huracanes, por encima de los bancos de arena y escollos, eran el genio de la tierra y el genio del mar, quienes paseaban su majestad por los aires durante las grandes conmociones de la naturaleza, estrechamente unidos en una amistad eterna, que por su singularidad y grandeza ha engendrado el asombro en la infinita cadena de generaciones.

42. Autor: **K.O'Meara** / Obra: **La caída de los pájaros** (fragmento)

(Poema escrito durante la epidemia de peste en 1800, en Estados Unidos)

Y la gente se quedó en casa.  
Y leyó libros y escuchó.  
Y descansó y se ejercitó.  
E hizo arte y jugó.  
Y aprendió nuevas formas de ser.  
Y se detuvo.  
Y escuchó más profundamente.  
Alguno meditaba.  
Alguno rezaba.  
Alguno bailaba.  
Alguno se encontró con su propia sombra.  
Y la gente empezó a pensar de forma diferente.  
Y la gente se curó.  
Y cuando el peligro terminó.  
Y la gente se encontró de nuevo.  
Lloraron por los muertos.  
Y tomaron nuevas decisiones.  
Y soñaron nuevas visiones.  
Y crearon nuevas formas de vida.  
Y sanaron la tierra completamente.  
Tal y como ellos fueron curados.

43. Autora: **Karen Chacek** / Obra: **La caída de los pájaros** (fragmento)

Éramos unos cuantos allá afuera y nos mirábamos de reojo sin poder creer el espectáculo. En menos de una hora los camiones limpia-alcantarillas ya recogían los cadáveres y teñían de rojo sangre las calles con el peso de sus llantas sobre la alfombra de aves.

El verdadero caos se suscitó once horas después, cuando las centrales telefónicas dejaron de funcionar por saturación de llamadas y las redes sociales se inundaron de solicitudes de auxilio de parte de miles de padres alarmados que pedían consejo a los especialistas. Los niños en las casas no despertaban, no se movían, apenas respiraban.

En las calles se escuchaba un concierto ensordecedor de sirenas de bomberos, ambulancias, patrullas y bocinazos de conductores desesperados. Cada vez eran más los padres que llevaban a sus hijos a la Sala de Emergencias del Hospital Amistad. Todos relataban lo mismo: describían a los niños con los pies descalzos y la frente pegada a los cristales fríos, observando calladitos la caída de pájaros, limitándose a frotar la superficie del vidrio cada vez que ésta se empañaba.

Después, muy obedientes, hicieron caso a la orden de los padres de regresar a dormir a sus camas. Y entonces, como sometidos por un encanto, se hundieron en un sueño hermético.

[...] Fue sólo cosa de tiempo para que los especialistas inundaran de teorías los periódicos. Algunas verdaderamente descabelladas y otras tan ingenuas que daban risa. Palabras más, palabras menos, al final todos sugerían la misma hipótesis: el impacto de haber presenciado la caída de las aves había incitado a los niños a desconectarse del mundo exterior.

44. Autor: **Iván Cruz** / Obra: **Andrés Bello**

Navegué toda la noche  
con la mirada fija en los días por  
delante,  
con el miedo apretado en los puños.

Algo de la Tierra que dejé atrás  
ha labrado mi sombra y mi abismo,  
y aún no sé de qué patio,  
de qué puerto sin brillo partí  
con los sueños desvanecidos.

Pero sé que no habrá regreso,  
porque nadie vuelve  
para atizar los rescoldos  
de su propia ceniza.

45. Autora: **Samanta Scweblin** / Obra: **La respiración cavernaria** (fragmento)

Casi todo se había echado a perder. En el huerto, podía verlo desde el cuarto, sólo quedaban los tomates y los limones. En el jardín delantero las alegrías del hogar, los faroles chinos y las azaleas, ya no podrían recuperarse. El correo estaba en el buzón junto a la reja de entrada, pero nadie lo traía hasta la casa. Se habían acabado los yogures, las galletas, las latas de atún, los paquetes de fideos. Había un cartel en el primer cajón que decía *acá está el dinero*. Había otro idéntico en la mesa de luz de él, *acá está el dinero*, pero ese cajón se había estado abriendo casi una semana seguida, para el hombre de los sepelios –que se había ocupado de todo lo que había que ocuparse sin que ella tuviera que salir de la casa-, y para el chico de la rosticería, cada vez que traía algo de pollo. Así que ahora el cartel de ese cajón estaba tachado con el rotulador grueso. Había algunas bolsas de basura en la puerta de la casa, porque los basureros no saltaban la reja para llegar hasta ahí. El frío conservaría la basura, Lola contaba con eso. Tenía cosas urgentes que resolver y le había costado volver a concentrarse, recordar qué era lo verdaderamente importante, tomar algunas decisiones. Había escrito un nuevo ítem en su lista: *Él está muerto*.



46. Autora: **Tania Ganitsky** / Obra: **Desastre Lento** - Poema I

El mundo va a acabarse antes que la poesía

y habrá nombres

para diferenciar el olvido de la fauna

del olvido de la flora.

La palabra esqueleto solo se referirá a los restos humanos

porque habrá una forma particular

de describir el conjunto de huesos

de cada especie extinta.

Habrá un nombre para designar la última chispa de fuego,

un nombre primitivo como el del maíz,

y otro para la transparencia del río

que muchos se habrán lanzado a atrapar

al confundirla con sus almas.

Las crías nacidas ese día no se tendrán en cuenta,

pero la palabra parto sustituirá la palabra ironía que ya habrá sustituido la

palabra tristeza.

Y habrá un léxico de adioses,

porque se dirán de tantas formas

que llenarán un libro entero, que es lo que quedará del amor,

de la literatura.

El mundo va a acabarse antes que la poesía

y la poesía continuará afirmando su devoción a lo perdido.